

tará ningún hombre discreto. ¿Acaso era rebelarse, defender aquellas leyes y aquella religión que todos los Reyes de Inglaterra habían jurado mantener? La manera como últimamente se había cumplido tal juramento era una cuestión que muy pronto, según se esperaba, decidiría un Parlamento libre. En tanto, los insurgentes declaraban que, al levantarse, no incurrían en el delito de rebelión, pues, era un acto de propia y legítima defensa resistir á un tirano que no conocía más ley que su capricho. La insurrección del Norte se hacía cada día más formidable. Cuatro Condes ricos y poderosos, Manchester, Stamford, Rutland y Chesterfield, se encaminaron á Nottingham, donde se les incorporó Lord Cholmondley y Lord Grey de Ruthyn (1).

Durante todo este tiempo los ejércitos enemigos del Mediodía se aproximaban el uno al otro. Cuando el Príncipe de Orange supo que el Rey había llegado á Salisbury, consideró que ya era tiempo de salir de Exeter. Puso á aquella ciudad y la comarca que la rodea bajo el gobierno de sir Eduardo Seymour, y el miércoles, 21 de noviembre, se puso en marcha, escoltado por muchos de los más nobles caballeros de los Condados del Oeste, para Axminster, donde permaneció algunos días.

El Rey estaba deseoso de combatir, y á sus intereses convenía mucho el hacerlo. Cada hora que pasaba le privaba de alguna fuerza y aumentaba las de su contrario. Importaba mucho además que no se llegase á delrrear sangre. Una gran batalla, cualquiera que fuese su resultado, sería perjudicial á la popularidad del Príncipe. Guillermo, que así lo comprendía, de-

(1) Cibber, *Apología; Historia de la deserción; Diario de Luttrell; Segunda colección de documentos*, 1688.

terminó evitar una acción mientras le fuese posible. Se refiere que cuando dijeron á Schomberg que el enemigo avanzaba y estaba resuelto á pelear, contestó con la sangre fría del táctico seguro de su talento: «*Será lo que nosotros queramos.*» No era posible, sin embargo, evitar en absoluto las escaramuzas entre las avanzadas de ambos ejércitos. Guillermo deseaba que en tales encuentros no sucediese nada que pudiera lastimar el orgullo ó excitar la venganza de la nación que intentaba libertar. Así, pues, con admirable prudencia colocó los regimientos ingleses en los sitios donde parecía más inminente el riesgo de la pelea. Las avanzadas del ejército Real estaban compuestas de Irlandeses, lo cual fué causa de que en los insignificantes combates de esta breve campaña, los invasores tuvieran de su parte la más profunda simpatía de todos los Ingleses.

## LIV.

## ESCARAMUZA DE WINCANTON.

Verificóse el primero de estos encuentros en Wincanton. El regimiento de Mackay, compuesto de soldados ingleses, estaba cerca de un cuerpo de tropas irlandesas que mandaba un compatriota suyo, el valiente Sarsfield. Mackay envió un pequeño destacamento, á las órdenes de un alférez llamado Campbell, en busca de caballos de bagaje. Campbell encontró en Wincanton lo que necesitaba, y se disponía á salir de la ciudad, de regreso á su campamento, cuando se aproximó una fuerte sección de las tropas de Sarsfield. Los Irlandeses eran cuatro contra uno,

pero Campbell resolvió pelear mientras le quedase uno de los suyos. Se apostó en el camino con un puñado de hombres resueltos. El resto de sus soldados flanqueaba las hayas que por ambos lados dan sombra al camino. Llegó por fin el enemigo. «¡Alto! gritó Campbell. ¿Por quién peleáis?—Por el Rey Jacobo, contestó el jefe contrario.—Y yo por el Príncipe de Orange, exclamó Campbell. —Nosotros os daremos el Príncipe, respondió el Irlandés con un juramento.—¡Fuego!» exclamó Campbell; y de los dos lados del camino hicieron en seguida vivo fuego. Las tropas reales recibieron tres descargas cerradas bien dirigidas, antes de poder contestar. Por fin lograron apoderarse de uno de los flancos, y hubieran exterminado la pequeña banda que se les oponía, si la gente del país, que odiaba mortalmente á los Irlandeses no hubiera hecho correr la falsa alarma de que se acercaban más tropas del Príncipe. Sarsfield reunió su gente y se retiró, y Campbell pudo continuar su marcha con los caballos de bagaje sin que nadie le molestase. Este encuentro, muy honroso sin duda para el valor y disciplina del ejército del Príncipe, adquirió en boca de las gentes, las proporciones de una victoria ganada en circunstancias muy desfavorables por los protestantes ingleses, contra los bárbaros papistas que habían venido de Connaught á oprimir nuestra Isla (1).

Algunas horas después de esta escaramuza, se verificaba un suceso que puso término á todo peligro de más seria lucha entre los dos ejércitos. Churchill y algunos de sus principales cómplices se habían reunido en Salisbury. Dos conspiradores, Kirke y Trelawney habían continuado hasta Warminster, donde

(1) Whittle, *Diario*; *Historia de la deserción*; *Diario de Luttrell*.

estaban apostados sus regimientos. Todo estaba pronto para llevar á cabo la traición tanto tiempo meditada.

Churchill aconsejó al Rey visitar á Warminster y revistar las tropas reunidas allí. Consintió Jacobo, y ya estaba su coche á la puerta del palacio episcopal, cuando de pronto empezó á echar sangre con abundancia por las narices. Vióse obligado á aplazar su expedición y á ponerse en cura. Tres días trascurrieron antes que la hemorragia desapareciese por completo, y en aquellos tres días rumores alarmantes llegaron á sus oídos.

Era imposible que una conspiración tan grande como la capitaneada por Churchill, pudiera mantenerse completamente secreta. No había prueba que pudiera presentarse ante un jurado ó un tribunal marcial, pero en todo el campo corrían los más extraños rumores. Feversham, que mandaba en jefe, refirió que en el ejército reinaba muy mal espíritu. Indicóse al Rey que algunos de los que estaban cerca de su persona no eran amigos suyos, y que sería sabia precaución enviar á Churchill y Grafton, con buena guardia, á Portsmouth. Jacobo se negó á seguir tal consejo. La suspicacia no figuraba entre sus vicios, y en verdad la confianza que ponía en protestas de fidelidad y adhesión parecía más propia de un manco inexperto y bondadoso que de un político de edad avanzada, que había corrido mucho y había tenido que sufrir grandes pesares producidos por la maldad de los hombres, y cuyo carácter además, en modo alguno daba idea muy favorable de la humana naturaleza. Sería difícil citar otro hombre que, siendo tan poco escrupuloso en faltar á su palabra, diese crédito tan difícilmente á que sus prójimos le faltasen á él. Sin embargo, las noticias que había recibido con re-

lación al estado del ejército le inquietaron en gran manera. Ya no estaba impaciente de dar batalla, antes empezó á pensar en la retirada. En la noche del sábado, 24 de noviembre, reunió un consejo de guerra, al cual asistieron los oficiales de quienes más le habían recomendado precaverse. Feversham opinaba por la retirada. Churchill se mostraba, al contrario, dispuesto á pelear. El consejo duró hasta media noche, declarando el Rey finalmente estar decidido á retirar.

## LV.

## DESERCIÓN DE CHURCHILL Y DE GRAFTON.

Churchill vió ó imaginó que no inspiraba confianza, y aunque dotado de rara serenidad no pudo ocultar su inquietud. Antes del amanecer huyó al campo del Príncipe, acompañado de Grafton (1).

Churchill dejó una carta donde explicaba su conducta. Estaba escrita con aquel decoro que no perdió nunca en medio del crimen y la deshonra. Reconocía deberlo todo al real favor. El interés, decía, juntamente con la gratitud le obligaban á seguir la causa del Rey. Bajo ningún otro gobierno podía esperar situación tan eminente y próspera como la que dejaba; pero todas estas consideraciones debían ceder ante un deber más sagrado. Era protestante, y su conciencia no le permitía sacar la espada contra la causa protestante. Por lo demás, siempre estaría

(1) Clarke, *Vida de Jacobo*, t. II, 222; *Mem. orig.*; Barillon, nov. 21 (dic. 1), 1688; *MS. de Sheridan*.

pronto á arriesgar vida y hacienda en defensa de la sagrada persona y de los legítimos derechos de su augusto Soberano (1).

A la mañana siguiente todo era confusión en el campamento real. Los amigos del Rey estaban desalentados. Sus enemigos no podían ocultar su alegría. Aumentó la consternación de Jacobo con las nuevas que aquel mismo día llegaron de Warminster. Kirke, que mandaba en aquel puesto, se había negado á obedecer las órdenes que recibiera de Salisbury. No podía ya dudarse que también él estaba aliado con el Príncipe de Orange. Díjose que se había pasado con todas sus tropas al enemigo, y aunque el rumor era falso, por algunas horas recibió entero crédito (2). Una nueva luz brilló en la mente del infeliz Monarca. Creyó comprender por qué le habían rogado con tan grandes instancias, algunos días antes, que visitase Warminster. Allí se hubiera encontrado sin defensa, á merced de los conspiradores y en la vecindad de las avanzadas enemigas. Cuantos hubieran intentado defenderle hubieran sido vencidos fácilmente. Hubiera sido llevado prisionero al cuartel general del ejército invasor. Tal vez hubieran cometido una traición aún más tenebrosa, porque una vez metidos en una empresa infame y arriesgada, pierden los hombres el dominio de sí mismos y á menudo se ven impelidos por una fatalidad que forma parte de su justo castigo, á crímenes, cuya sola idea, les hubiera hecho temblar á lo primero. Debíase, sin duda, á la especial intervención de algún santo guardián, que un rey devoto de

(1) *Colección primera de documentos*, 1688.

(2) *Carta de Middleton á Preston*, fechada en Salisbury á 24 de noviembre. «Villanía sobre villanía, dice Middleton, y la última mayor aún que la anterior.»—Clarke, *Vida de Jacobo*, tomo II, 224-225; *Mem. orig.*

la Iglesia católica, en el mismo momento que corría ciegamente al cautiverio, y tal vez á la muerte, fuese súbitamente detenido por lo que entonces pareció enfermedad incurable.

## LVI.

## EL EJÉRCITO REAL SE RETIRA DE SALISBURY.

Todos estos sucesos confirmaron á Jacobo en la resolución que había tomado la noche anterior. Diéronse las órdenes convenientes para retirarse en seguida. Todo era en Salisbury desorden y tumulto. Levantóse el campo con la misma confusión que si se tratase de una fuga. Nadie sabía en quién confiar ni á quién obedecer. La fuerza material del ejército apenas había disminuído, pero su fuerza moral estaba anonadada. Muchos que por vergüenza no hubieran acudido al campo del Príncipe, se mostraban deseosos de imitar un ejemplo que nunca hubieran dado, y muchos que hubieran permanecido al lado de su Rey mientras parecía avanzar resueltamente contra los invasores, no se mostraban dispuestos á seguir un estandarte en retirada (1).

Aquel día llegó Jacobo á Andover. Acompañábanle su yerno el Príncipe Jorge y el Duque de Ormond. Ambos tenían parte en la conspiración, y probablemente habrían acompañado á Churchill, si á consecuencia de lo sucedido en el consejo no hubiera partido sin avisar á nadie. La absoluta estupidez del Príncipe Jorge le fué más útil en esta ocasión

(1) *Historia de la deserción; Diario de Luttrell.*

que la sagacidad más refinada. Tenía costumbre, siempre que le daban alguna noticia, de exclamar en francés: *¿Est-il-possible?* Esta muletilla le fué actualmente de gran utilidad, y así, cuando se le hizo saber la desaparición de Churchill y Grafton, exclamó: «*¿Est-il-possible?*» Y cuando llegaron las malas nuevas de Warminster, prorrumió de nuevo: «*¿Est-il-possible?*»

## LVII.

## DESERCIÓN DEL PRÍNCIPE JORGE Y EL DUQUE DE ORMOND.

El Príncipe Jorge y Ormond fueron invitados á cenar con el Rey en Andover. La cena debe haber sido bien triste. El Rey estaba abrumado por sus desgracias. Su yerno era el más estúpido camarada. «*He sondeado al Príncipe Jorge en ayunas, decía Carlos II, y lo he sondeado borracho, y borracho ó en ayunas, no he encontrado nada en él.*» (1) Ormond, que toda su vida fué taciturno y tímido, tampoco debía estar muy contento en aquella ocasión. Por fin terminó la cena. El Rey se retiró á descansar. El Príncipe y Ormond tenían caballos preparados, y tan pronto se levantaron de la mesa, montaron y huyeron del campo. Acompañábanles el Conde de Drumlanrig, hijo mayor del Duque de Queensberry. La deserción del joven aristócrata tenía cierta significación, porque Queensberry era jefe de los protestantes episcopales de Escocia, partido en cuya comparación los más furiosos toríes de Inglaterra pudieran ser llamados whigs, y el mismo Drum-

(1) Nota de Dartmouth, en Burnet, I, 643.

lanrig era teniente coronel del regimiento de Dundee, banda más detestada por los whigs que los *corderos* de Kirke. Esta nueva calamidad fué anunciada al Rey á la mañana siguiente. Recibió la noticia con más tranquilidad de lo que se esperaba. El golpe que había sufrido veinticuatro horas antes le había preparado para casi todos los desastres, y apenas era posible irritarse seriamente porque el Príncipe Jorge, que apenas era responsable de sus actos, hubiese cedido á las artes de un tentador como Churchill. «¿Qué! dijo Jacobo, ¿se ha ido también Est-il-possible? Después de todo, un buen soldado hubiera sido mayor pérdida» (1). En realidad, parece que por este tiempo toda la cólera del Rey se hubiese concentrado, y no sin causa, en una sola persona. Púsose en marcha para Londres, respirando sólo venganza contra Churchill, y supo á su llegada un nuevo crimen del archiengañoso. La Princesa Ana había desaparecido algunas horas antes.

## LVII.

## FUGA DE LA PRINCESA ANA.

Ana, que no tenía otra voluntad que la de los Churchills, había sido inducida por éstos, una semana antes, á escribir de su propio puño á Guillermo, aprobando su empresa. Asegurábale estar dispuesta á hacer lo que quisieran sus amigos, y que permanecería en Palacio ó se refugiaría en la City, según ellos deter-

(1) *Diario de Clarendon*, 26 de noviembre; Clarke, *Vida de Jacobo*, tomo II, 224. La *Carta del Príncipe Jorge al Rey* ha sido impresa muchas veces.

minasen (1). El domingo, 25 de noviembre, ella y los que pensaban por ella se vieron precisados á tomar una resolución inmediata. Aquella tarde llegó un correo de Salisbury con la noticia de la desaparición de Churchill y Grafton; que Kirke había hecho traición y las tropas reales estaban en completa retirada. Como siempre que se recibían noticias de importancia, buenas ó malas, había aquella noche una inmensa multitud en las galerías de Whitehall. Leíanse en todos los rostros la curiosidad é inquietud. La Reina prorrumpió en expresiones de justa indignación contra el principal traidor, y en modo alguno perdonó á su parcial señora. Reforzáronse las guardias en la parte del palacio ocupado por Ana. La Princesa estaba llena de terror. Algunas horas tan sólo y su padre estaría en Westminster. No parecía probable que personalmente la tratase con severidad, mas tampoco era de esperar que le permitiese gozar por más tiempo la compañía de su amiga. Era casi seguro que Sara sería reducida á prisión, y se vería sujeta á un riguroso interrogatorio por severos y experimentados inquisidores. Se apoderarían de sus papeles, y tal vez se encontrase materia bastante para poner en peligro su vida. En tal caso todo era de temer. La venganza del implacable Rey no hacía distinción de sexos. Por delitos mucho menores que los que probablemente se imputarían á la de Churchill, había enviado mujeres al cadalso y á la hoguera. La fuerza de su afecto dió energía al débil carácter de la Princesa. No había lazo que no estuviera pronta á romper ni peligro que no hubiera arrostrado por el objeto de su idólatra cariño. «Antes me arrojaría por la

(1) Puede verse la carta, con fecha 18 de noviembre, en Dalrymple.

ventana, exclamó, *que aguardar aquí á mi paa*. La favorita trató de preparar la fuga. Comunicó da prisa lo que pasaba á algunos jefes de la conspiración, y á las pocas horas todo estaba arreglado. Aquella noche, Ana se retiró á su cámara, como de ordinario. Muy tarde ya, se levantó, y acompañada de su amiga Sara y otras dos servidoras, bajó por una escalera de servicio, en bata y zapatillas. Las fugitivas ganaron la calle sin que nadie las molestase. Allí les esperaba un coche de alquiler. Dos hombres guardaban el humilde vehículo. Uno de ellos era Compton, obispo de Londres, antiguo tutor de la Princesa: el otro era el magnífico y brillante Dorset, á quien la extremidad del peligro público hiciera abandonar su espléndido reposo. El coche se dirigió inmediatamente á Aldersgate Street, donde se hallaba entonces la residencia de los Obispos de Londres, al lado de su catedral. Allí pasó la noche la Princesa, y á la mañana siguiente salió para Epping Forest. En aquel sitio agreste poseía Dorset un antiguo castillo, destruído hace ya mucho tiempo. Bajo su hospitalario techo, lugar favorito por muchos años de ingenios y poetas, las fugitivas se detuvieron breve espacio. No podían, sin peligro, intentar acercarse al campo de Guillermo, porque el país que tenían que atravesar estaba ocupado por las fuerzas reales. Así, pues, resolvieron que Ana se refugiase entre los insurgentes del Norte. Compton prescindió por completo, en las presentes circunstancias, de su carácter sacerdotal. El peligro y la lucha habían vuelto á encender en su pecho el bélico ardor que veintiocho años antes, cuando servía en los Guardias de Corps, le animaba. Precedía á la Princesa con jubón de búfalo y botas de montar, la espada al cinto y las pistolas en el arzón. Mucho antes de llegar á Nottingham, rodeaba el coche de la

Princesa una guardia de caballeros que voluntariamente se brindaron á escoltarla. Propusieron al Obispo que les sirviera de coronel, y él vino en ello sin poner el menor obstáculo, lo cual le valió amargas censuras y causó gran escándalo en todos los anglicanos rígidos, sin que redundara en beneficio de la fama del Obispo, ni aun en opinión de los whigs (1).

Grande fué la consternación en Whitehall cuando en la mañana del 26 se encontraron vacías las habitaciones de Ana. Mientras sus damas de honor recorrían los patios de Palacio dando gritos y retorciéndose las manos; mientras lord Craven, que mandaba los guardias de á pie, interrogaba á los centinelas de la galería; mientras el Canciller sellaba los papeles de los Churchills, la nodriza de la Princesa se arrojaba en las habitaciones del Rey, gritando que su querida señora había sido asesinada por los papistas. Voló la nueva á Westminster Hall. Allí se contaba que S. A. había sido encerrada, por fuerza, en una prisión. Cuando ya no pudo negarse que su fuga había sido voluntaria, se inventaron numerosas ficciones para explicarla. Había sido groseramente insultada, la habían amenazado, y lo que aun era peor, no obstante hallarse en aquella situación que obliga á tratar bien á las mujeres, su cruel madrastra le había pegado. El populacho, á quien muchos años de mal gobierno había hecho suspicaz é irritable, de tal manera se había excitado por estas calumnias que se temió por la seguridad de la Reina. Muchos católicos y algunos toríes protestantes, de lealtad probada, acudieron á

(1) *Diario de Clarendon*, 25 y 26 de nov., 1688; *Citters*, 26 de noviembre (dic. 6); *Correspondencia de Ellis*, 19 de dic.; *Vindicación de la Duquesa de Marlborough*; *Burnet*, I, 792; *Compton al Príncipe de Orange*, dic. 2, 1688, en Dalrymple. Del traje militar del Obispo se hace mención en innumerables libelos y sátiras.

Palacio, prontos á defenderla en caso de un tumulto. En medio de esta angustia y terror se recibió noticia de la fuga del Príncipe Jorge. El correo que trajó tan malas nuevas fué seguido inmediatamente por el mismo Rey. Empezaba á anochecer cuando llegó Jacobo y tuvo conocimiento de la desaparición de su hija. Después de todo lo que había sufrido, esta nueva aflicción arrancó de sus labios un grito de dolor. «Dios me ayude, exclamó; mis propios hijos me han abandonado» (1).

LIX.  
CONSEJO DE LORES CELEBRADO POR JACOBO.

Aquella noche estuvo en Consejo hasta muy tarde con sus principales Ministros. Quedó resuelto que el Rey convocaría para el día siguiente á todos los Lores espirituales y temporales, á la sazón residentes en Londres, y que les pediría solemnemente su opinión. En efecto, en la tarde del martes 27, los Lores se reunieron en el comedor de Palacio. Concurrieron á esta reunión nueve Prelados y de treinta á cuarenta Lores, todos protestantes. Asistieron también los dos secretarios de Estado, Middleton y Preston, aunque no eran Pares de Inglaterra. Presidía el mismo Rey. Veíanse distintamente en su rostro y continente las huellas de crueles sufrimientos físicos y morales. Abrió la sesión hablando de la petición que le fuera

(1) Nota de Dartmouth en Burnet, I, 792; Citters, nov. 26 (diciembre 6), 1688; Clarke, *Vida de Jacobo*, t. II, 223; *Mem. orig.*; *Diario de Clarendon*, 28 de nov.; *Revoluciones políticas*.

presentada cuando se disponía á partir para Salisbury. Pedíasele allí la convocación de un Parlamento libre, y en aquellas circunstancias dijo que no había creído conveniente acceder. Mas durante su ausencia se habían verificado grandes cambios. Había observado, también, que en todas partes parecía el pueblo deseoso de que se reuniesen las Cámaras. Había, pues, congregado á sus fieles Lores con ánimo de pedirles consejo.

Reinó por algún tiempo profundo silencio, hasta que Oxford, cuyo árbol genealógico no tenía rival en antigüedad y esplendor, lo cual le daba una especie de superioridad sobre los demás, dijo que, en su opinión, los Lores que habían firmado la petición á que aludía S. M. debían ahora explicar su intento.

Estas palabras hicieron que Rochester se levantara. Defendió la petición, y declaró que no veía más esperanza para el trono ó para el país que un Parlamento. No se atrevería á afirmar, dijo, que en extremidad tan terrible, aun aquel remedio fuese eficaz, pero no podía proponer ningún otro. Añadió que sería conveniente abrir una negociación con el Príncipe de Orange. Hablaron después Jeffreys y Godolphin, y ambos declararon estar conformes con Rochester.

Entonces se levantó Clarendon, y con asombro de todos los que recordaban sus entusiastas protestas de lealtad y la agonía de vergüenza y tristeza en que le habían sumido, muy pocos días antes, las nuevas de la deserción de su hijo, prorrumpió en vehementes invectivas contra la tiranía y el papismo. «Aun ahora, decía, S. M. hace organizar en Londres un regimiento en el cual no se admite ningún protestante.—Eso no es verdad,» gritó Jacobo, con voz agitada desde la cabecera de la mesa. Clarendon insistió y sólo dejó tema tan desagradable para elegir otro que lo era más todavía. Acusó

al infortunado Rey de pusilanimidad. ¿Por qué retirarse de Salisbury? ¿Por qué no probar el éxito de una batalla? ¿Podría echarse en cara al pueblo el someterse al invasor, cuando veían huir al Soberano á la cabeza de su ejército? Jacobo sintió mucho estos insultos y los recordó largo tiempo. Y en verdad, aun los whigs calificaron el lenguaje de Clarendon de indecente y poco generoso. Halifax habló en tono muy diferente. Durante varios años de peligro había defendido con admirable habilidad contra la regia prerrogativa la constitución civil y eclesiástica de su país. Pero su sereno entendimiento, singularmente cerrado al entusiasmo y enemigo de los partidos extremos, empezó á inclinarse á la causa del Rey, precisamente cuando aquellos bullangueros realistas que últimamente trataban á los *equilibristas* poco menos que de rebeldes, se levantaban en armas por todas partes. En tales circunstancias cifrabase su ambición en ser el pacificador entre la nación y el trono. Su talento y carácter le hacían apto para tal empresa, y si no le salió bien, el mal éxito ha de atribuirse á causas contra las cuales no puede luchar la humana inteligencia, y más que nada á la locura, mala fe y obstinación del Príncipe que intentaba salvar.

Halifax dijo muchas y muy amargas verdades, pero con una delicadeza que le valió ser tratado de adulator por espíritus abyectos en demasía para comprender que lo que se llama adulación cuando se dirige á los poderosos es deuda de humanidad con los vencidos. En medio de muchas expresiones de simpatía y deferencia, declaró que, en su opinión, tenía el Rey que resignarse á hacer grandes sacrificios. No bastaba convocar un Parlamento ó entablar negociaciones con el Príncipe de Orange. Debía ponerse remedio inmediatamente, por lo menos, á algunos de

los males que afligían á la nación, sin esperar que tal remedio fuera exigido por las Cámaras ó por el caudillo del ejército enemigo. Nottingham, en lenguaje igualmente respetuoso, declaró estar conforme con Halifax. Tres eran las principales concesiones que los Lores trataban de alcanzar del Rey. Decíanle que debía inmediatamente destituir á todos los católicos, separarse por completo de Francia y conceder amplia amnistía á los que estaban en armas contra él. La última proposición no parecía siquiera discutible, pues aunque algunos de los que se habían levantado contra el Rey se hubiesen portado de una manera que justamente excitase su resentimiento, era más probable que antes de mucho estuviera él á merced de ellos que no ellos á merced del Monarca. Hubiera sido pueril abrir una negociación con Guillermo y sin embargo clamar venganza contra hombres á quienes Guillermo no podía abandonar sin deshonra. Pero el limitado entendimiento y carácter implacable de Jacobo se resistieron largo tiempo, contra los argumentos de los que trataban de convencerle, que hubiera sido discreto perdonar ofensas que no podía castigar. «No puedo, exclamaba; tengo que hacer algún ejemplar; Churchill sobre todo; Churchill á quien yo he elevado tan alto. Él, sólo él es causa de todo esto. Él ha corrompido mi ejército. Él ha corrompido á mi hija, y me hubiera puesto en manos del Príncipe de Orange á no haber sido por la especial providencia de Dios. Milores, mostráis extraño interés por la salvación de los traidores, y al mismo tiempo, ninguno de vosotros se ocupa de mi propia seguridad.» En respuesta á semejante explosión de impotente cólera, los que le habían recomendado la amnistía le hicieron presente, con profundo respeto pero con firmeza, que un Príncipe atacado por enemigos poderosos no puede hallar salvación sino en la conciliación ó en

la victoria. «*Si V. M., después de todo lo sucedido, tiene aún algunas esperanzas de salvación en las armas, nada tenemos que añadir; pero si no es así, sólo puede salvarse recobrando el cariño de su pueblo.*» Después de largo y animado debate, el Rey disolvió la reunión. «*Milores, dijo, os habéis expresado con gran libertad, pero no os lo tomaré á mal. En un punto estoy convencido y resuelto. Convocaré las Cámaras. En cuanto á las demás proposiciones que habéis presentado, son todas de gran importancia y no os sorprenderá que me tome una noche para meditar sobre ellas, antes de resolver nada*» (1).

(1) Clarke, *Vida de Jacobo*, t. II, 236; *Mem. orig.*; Burnet, I, 794; *Diario de Luttrell*; *Diario de Clarendon*, nov. 27, 1688; *Citters*, nov. 27 (dic. 7) y nov. 30 (dic. 10.)

Es evidente que Citters adquirió esta noticia de alguno de los Lores allí presentes. Como la cuestión es de importancia, transcribo á continuación dos breves pasajes tomados de sus despachos. El Rey dijo: «*Dat het by na voor hem unmogelyck was te pardenen persoonen wie so hoog in syn reguarde schuldig stonden: vooral seer uytvarende jegens den Lord Churchill, wien hy had, de groot gemaakt, en nogtans meynde de ecnigste oorsake van alle dese desertie en van de retraite van hare Coning ycke Hoogheden te wesen.*» Uno de los Lores, probablemente Halifax ó Nottingham, «*seer hadde geurgeert op de securiteyt van de lords die nu met syn Hoogheyt geengageert staan. Soo hoor ick,*» dice Citters, «*dat syn Majesteyt onder anderen soude gesegt hebben; Men spreekt alvoor de securiteyt voor andere, en niet voorde myne. Waar op een der Pairs resolut dan met groot respect sou de geantwoordt hebbendat, soo syne Majesteyt's wapenen in staat waren om hem te connen manteneren, dat dan sulk syne securiteyte Koude wesen; soo niet, en soo de difficulteyt dan nog te surmonteren was, dat het den moeste geschieden door de meeste condescendance, en hoe meer die was, en hy genegen om aan de natic contentement te geven, dat syne securiteyt ook des te grooter soude wesen.*»

## LX.

NOMBRAMIENTO DE LOS COMISARIOS PARA TRATAR  
CON GUILLERMO.

Al principio pareció Jacobo dispuesto á hacer excelente uso del tiempo que había tomado para reflexionar. El Canciller recibió orden de publicar los edictos convocando un Parlamento para el 13 de enero. El Rey llamó á Halifax á su gabinete, donde celebraron una larga conferencia, en la cual el político habló con mucha más libertad de la que le pareciera decoroso emplear en presencia de una numerosa asamblea. Informóle el Rey que lo había nombrado comisario para tratar con el Príncipe de Orange. Al mismo tiempo que él fueron también designados Nottingham y Godolphin. El Rey declaró estar dispuesto á hacer grandes sacrificios por el mantenimiento de la paz. Respondió Halifax que indudablemente exigían las circunstancias grandes sacrificios. «*V. M., dijo, no debe esperar que los que tienen en su mano la fuerza consentan en ninguna condición que deje las leyes á merced de la regia prerrogativa.*» Con tan clara explicación de sus propósitos aceptó la comisión que el Rey deseaba confiarle (1). Las concesiones que algunas horas antes había negado con tanta obstinación las hizo ahora de la manera más liberal. Publicóse un decreto en el cual, no sólo concedía el Rey entero perdón á todos los que estaban en armas contra él, sino que los declaraba elegibles para el próximo Parlamento.

(1) *Carta del Obispo de S. Asaph al Príncipe de Orange*, diciembre 17, 1688.